

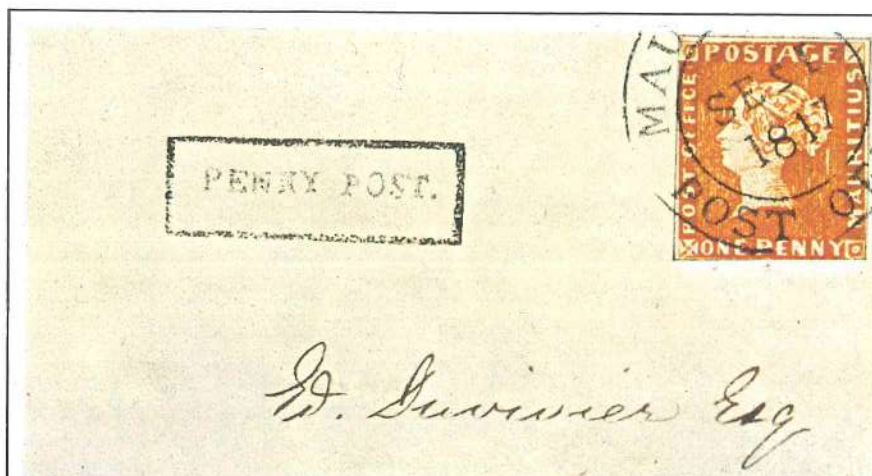
EL MAS GRANDE DE LOS COLECCIONISTAS

Ferrari: un nombre que fascinaba a ciertas personas aún antes que Maranello comenzara a producir los bólidos rojos homónimos, que tanto prestigio han dado al automovilismo italiano. Aquellas personas eran los coleccionistas de sellos, y Filippo de Ferrari, conocido comúnmente como «Ferrari» (ya hablaremos de las variantes curiosas de su nombre), ha sido sin duda el más grande filatelista de todos los tiempos. Se emplearon casi cinco años, desde junio de 1921 hasta noviembre de 1925, para vender en subasta su inmensa colección; y el producto de la venta, para aquellos tiempos, fue enorme: casi 27 millones de francos, el doble de lo que se había previsto antes de que se iniciara la subasta. Desde entonces, los sellos de Ferrari constituyen las piezas más preciadas de todas las grandes colecciones, y la anotación «ex Ferrari» se ha convertido en el máximo blasón de que pueda preciarse hoy un ejemplar filatélico de importancia.

Filippo de Ferrari, en realidad, jamás hubiera querido que sus sellos fueran a dar a manos extrañas; al morir, en el año 1917, dejó dispuesto por escrito que su colección debía ser entregada al Museo Postal de Berlín, la más seria de las instituciones de esta clase que existía por entonces en el mundo. Pero la Primera guerra mundial estaba desarrollándose todavía, de modo que resultó imposible sacar de París los sellos de Ferrari para llevarlos hasta la capital enemiga. Cuando el conflicto bélico llegó a su fin, el gobierno francés impidió que el testamento del gran coleccionista tuviese cumplimiento o, para ser



Filippo de Ferrari, considerado el más grande de los coleccionistas filatélicos fallecidos, aparece retratado en un sello emitido en Liechtenstein en 1968, perteneciente a la serie «Pioneros de la Filatelia».



más exactos, tomó nota de la donación a favor del museo berlinés, pero confiscó de inmediato la colección a cuenta de las reparaciones de guerra que Alemania debía a Francia. Y después puso en marcha las famosas subastas, de las que se obtuvieron aquellos 27 millones (que en la actualidad representarían un monto aún mayor). La mejor introducción a un retrato de Ferrari como hombre está representada por una descripción sumaria de algunas de las rarezas filatélicas, que poseía a millares: era suyo, por ejemplo, el famoso «sello único», aquel 1 centavo color magenta de la Guayana Británica, que en la subasta del 5 de abril de 1922 había sido adjudicado al americano Arthur Hind por una cifra correspondiente a 32.500 dólares. El casi legendario sello había pasado después a la colección de un filatelista americano que, manteniendo el incógnito, lo había adquirido en el año 1940 por más de 50.000 dólares, para ponerlo en venta en la subasta Siegel en el año 1970. El nuevo propietario, Irvin Weinberg, de Wilkes-Barre, Pennsylvania, pagó en esa ocasión una cifra récord para un ejemplar suelto: 280.000 dólares, algo así como unos 27 millones de pesetas. En diez años, Weinberg ha permitido que el Guayana magenta fuera expuesto y admirado en las exposiciones filatélicas más importantes. Después, también a través de la firma Siegel, lo puso en venta, una vez más, la noche del 5 de



Arriba: La carta con un ejemplar del 1 penny Post Office de San Mauricio (1847). Sobre estas líneas: el 20 céntimos de Italia (1862) con un ensayo de dentado que se realizó en París a cargo de la firma Susse.

Abajo: La «Cruz» de Nápoles sobre un periódico.



abril de 1980, en el «Waldorf Astoria» de Nueva York, donde en poco más de cincuenta segundos el sello de Demerara cambió de propietarios por la fabulosa cifra de 935.000 dólares (casi 90 millones de pesetas, según la cotización actual). Al parecer, el nuevo «Mister Guayana» es un magnate del petróleo de Texas.

Otras «piezas únicas» de Ferrari eran el sello de 5 centavos emitido por el jefe de correos de Boscawen, en Nueva Hampshire (Estados Unidos) y otro de 5 centavos, del jefe de correos de Lockport, en el Estado de Nueva York. Tampoco le faltaba ninguna de las rarezas italianas: entre otras, tenía no menos de doce ejemplares del famoso «tres liras» de Toscana. Y su colección de sellos considerados «clásicos» de cada uno de los países del mundo llegaba al mismo grado de riqueza.

Louis-Philippe Antoine-Marie Augustin Raoul de Ferrari había nacido en París en el año 1850; su padre era uno de los más afortunados financieros italianos y europeos de aquellos tiempos. Apenas algo más que adolescente, Louis-Philippe abandonó la casa paterna y se entregó a una vida bohemia, demostrando total desinterés hacia las riquezas de su familia. Se dedicó a toda clase de estudios, pero los temas que más le interesaban eran la geografía, la heráldica y la historia económica: y cierto día comprendió que los sellos representaban una síntesis perfecta de esos temas. Se propuso llevar adelante una colección y, sin dudar, volvió a la casa paterna con el fin de disponer del dinero necesario para sus adquisiciones filatélicas.

Ese dinero era abundante: a la muerte de su padre —y baste este ejemplo— se enteró de que en la biblioteca privada del difunto había 300 libros muy voluminosos encuadernados en piel roja y cada libro estaba compuesto por 1.000 páginas, cada una de las cuales era un billete de 1.000 francos.

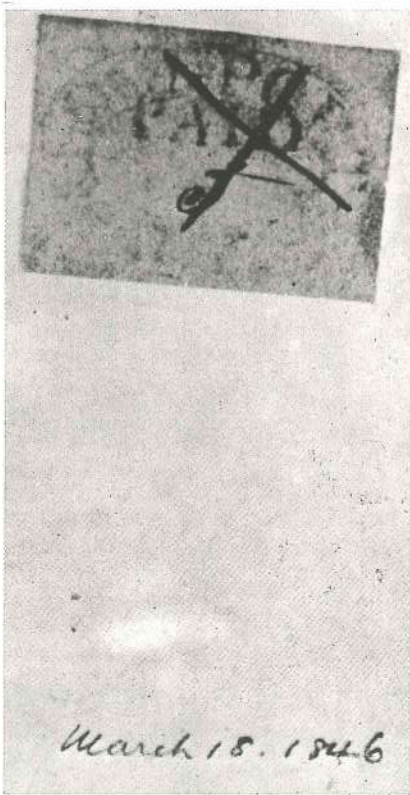
Al fallecer su madre, la duquesa María, Louis-Philippe sintió la necesidad de manifestar una vez más su actitud rebelde y renunció a los títulos nobiliarios que le correspondían; a continuación transformó su nombre en el de Philippe la Renotière von Ferrary. No obstante, no renunció a los bienes y las rentas familiares, de las que dispuso con liberalidad a fin de satisfacer su afición por el coleccionismo. Por esos tiempos, Ferrary dedicó a sus sellos tres habitaciones del Palacio Galliera, en la parisina calle de Varenne; también convenció a Pierre Mahé, uno de los comerciantes más conocidos y adinerados de la época, de que debía convertirse en su «secretario filatélico», para lo cual habría de abandonar sus lucrativas tareas. A comienzos de cada semana, el administrador de la casa Ferrary colgaba de una serie de clavos que se encontraban en la pared, a espaldas de la mesa sobre la cual se afanaba Mahé, billetes por valor de 50.000 francos; y si las «piezas» que eran ofrecidas a Ferrary se consideraban dignas de su colección, aun cuando su precio superara aquella cifra, siempre era posible obtener más fondos incluso en la misma semana.

Los «tres liras» de Toscana, los «Post Office» de San Mauricio, los «errores de color» de Cabo de Buena Esperanza pasaban a ser



Cabo de Buena Esperanza, 1861: pareja de sellos triangulares que incluye el 1 penny y el 4 pence azules. El primero es un error de color, porque el cliché fue incluido en la plancha del 4 pence.

Abajo: el 15 centavos emitido por el jefe de correos de Lockport (USA).



alojados en una serie de estantes que cubrían las paredes de las tres salas; en cada estante había una cantidad de hojas de papel y, sobre cada hoja, dos filas de sellos. Encima de los estantes había además centenares de miles de dobles, de repetidos, e incluso los restos de grandes colecciones que Ferrary compraba en lote por los dos o tres ejemplares que le interesaban.

Con el transcurso de los años, el carácter de Philippe de Ferrary se tornó cerrado, huraño; las únicas satisfacciones que experimentaba provenían de sus sellos. No lograba adaptarse a la idea de una Europa que marchaba a pasos agigantados hacia la carnicería de la Gran Guerra, en especial porque no se sentía ciudadano de un único país: era italiano por vía paterna, austriaco por parte de su madre, francés por su educación y admiraba profundamente a Alemania. Cuando tronaron los cañones de agosto de 1914, optó por refugiarse en tierra suiza; su colección filatélica, como ya hemos dicho, permaneció en París, con excepción de unos pocos álbumes de sellos de Grecia, que continuó contemplando y reordenando en el transcurso de los tres años de su exilio en Suiza, años que precedieron a su muerte. Más tarde, ni siquiera sus últimas disposiciones fueron respetadas, pero no cabe duda de que la Filatelia mundial sería mucho menos fascinante, mucho más pobre, si, en vida, Ferrary no hubiera sido el principal centralizador y valorizador de todas las rarezas y si, una vez muerto él, sus sellos no hubieran podido continuar pasando de una colección a otra, entre las más importantes.



UNA JOYA «EX FERRARI»

Carta expedida desde Cervia a Roma, franqueada con una tira horizontal de tres ejemplares del 6 bayocos de Romaña, 1859 (catálogo Bolaffi n.º 7). De este sello no se conocen otras tiras ni tampoco parejas usadas. Esta pieza, una de las más raras del mundo, ha integrado la colección Ferrari y después la de Caspary.

LOS
DE

¿Dónde ha
raro del m
gunta que
coleccionis
gó a su fin
hicieron q
lección «f
la de Arth
dustrial ar
uno de lo
res en las
los catálo
sellos de
raba el p
Guayana
Hubieron
cinco año
misterio:
obtenido
su marid
Lo había
1940 se
que obt
50.000 d
mente h
Hind ha
Filatelia
sus recu
gurarse
más pre
rrari: e
otros fi
en me
verdad
arreat
valor. I
tes de
res —
vivieron
pudien
aquell
ticular
Caspary
rrus (S
Suiza)